

Oración matutina de confianza en Dios - Salmo 3

Introducción

Nos encontramos ante unos de los salmos de aflicción y confianza que el rey David escribió. En este caso, de acuerdo con su título que aparece en el encabezado, este salmo fue compuesto por David cuando huía de su hijo Absalón. Los detalles de este incidente los encontramos en el segundo libro de Samuel en los capítulos 15 al 18, y es importante estar familiarizados con ellos para llegar a entender con precisión la situación por la que David estaba atravesando y que dio origen a este salmo. Allí leemos que el rey tuvo que huir apresuradamente de Jerusalén cuando su propio hijo Absalón se sublevó contra él. Sin lugar a dudas fue uno de los períodos más amargos de la vida de David.

Durante cuatro años Absalón se había ganado sutilmente el corazón de los israelitas por medio de halagos (**2 S 15:1-6**). Al cabo de ese tiempo organizó minuciosamente un golpe de estado contra su padre. David quiso evitar en todo momento el enfrentamiento con su hijo y decidió salir de Jerusalén. Así que el rey, su familia y algunos hombres leales, pasaron el torrente de Cedrón llorando, subieron la cuesta de los Olivos con sus cabezas cubiertas, y se dirigieron hacia el desierto (**2 S 15:14-30**).

Como habitualmente se dice, es en los momentos de crisis y dificultades cuando se conoce quiénes son los verdaderos amigos, y eso es lo que le ocurrió a David. Por ejemplo, Ahitofel, uno de sus íntimos consejeros, le abandonó pensando que Absalón iba a tomar el reino. Otros como Simei demostraron abiertamente el odio que durante tiempo habían mantenido en secreto. Este tipo de personas aprovecharon la coyuntura para golpearle mientras estaba caído.

En tan sólo unas horas toda la vida de David había cambiado por completo. Se había levantado plácidamente en su palacio rodeado de las comodidades y el respeto que como rey le correspondían, pero al anochecer se encontraba con sus mujeres y niños en algún punto del camino en el desierto. Sólo un grupo de hombres leales le habían seguido, y algunos otros le salieron al encuentro para suministrarle provisiones y camas. ¡Cómo había cambiado su situación en un solo día!

Finalmente, después de varias horas de marcha, llegaron a cierta parte del camino donde descansaron (**2 S 16:14**). Y probablemente fue al levantarse a la mañana siguiente cuando compuso este Salmo.

Por lo tanto, como no podía ser de otra manera, los temas de fondo tienen que ver con el sufrimiento, la deslealtad, el abandono y hasta con la precaria situación en la que el pueblo se encontraba. Pero frente a ese oscuro fondo brilla una vez más la confianza de David en su Dios.

Ahora bien, es un salmo que también puede cantar cualquier creyente de este tiempo. De hecho, debido a la expresión de confianza en la protección de Dios, este salmo ha sido el favorito de muchas personas cuando han afrontado peligros y dificultades. Sería hermoso que cada día nos despertáramos con el corazón lleno de esta misma confianza en Dios que vemos en David en esta ocasión.

En cuanto a la división del Salmo, podemos ver cuatro partes:

- Las dificultades de David (**Sal 3:1-2**).
- La confianza de David en su Dios (**Sal 3:3-4**).

- El descanso y la seguridad de David en su Dios (**Sal 3:5-6**).
- Petición de salvación de los enemigos (**Sal 3:7-8**).

Las dificultades de David

(Sal 3:1-2) *“¡Oh Jehová, cuánto se han multiplicado mis adversarios! Muchos son los que se levantan contra mí. Muchos son los que dicen de mí: No hay para él salvación en Dios. Selah”*

David comienza el Salmo describiendo a sus adversarios: su número, lo que hacían y también lo que decían. Veamos los detalles.

I. *“¡Oh Jehová, cuánto se han multiplicado mis adversarios!”*

La forma en la que David describe a sus enemigos expresa cierta sorpresa que le hace exclamar: *“¡Cuánto se han multiplicado mis adversarios”*. Y no eran imaginaciones suyas; como bien informó el mensajero: *“El corazón de todo Israel se va tras Absalón”* (**2 S 15:13**).

Según pasaban las horas, los enemigos iban aumentando rápidamente, mientras que los fieles quedaban reducidos a un pequeño grupo. Y curiosamente, parece que el mayor contingente de hombres con los que David podía contar en ese momento eran extranjeros; un grupo de seiscientos hombres que habían venido a pie desde Gat con Itai geteo, y los cereteos y peleteos (**2 S 15:18-22**).

¿Cómo explicar que un hombre *“conforme al corazón de Dios”* (**1 S 13:14**) hubiera llegado a perder de ese modo el apoyo de su pueblo? ¿Cómo podían rechazar a un rey que había hecho tanto por ellos, llevándoles a una época dorada como nación? La verdad es que la fidelidad, el agradecimiento y la constancia de los hombres suele ser escasa. Con facilidad olvidamos el bien que se nos hace.

Pero para David, lo más doloroso de la situación, no era tanto que los enemigos se estuvieran multiplicando por momentos, sino que quien los dirigía era su propio hijo. ¿Qué pudo ocasionar que Absalón se rebelase de ese modo contra su padre con el fin de terminar con él? ¿En qué se equivocó David como padre en su trato con él? ¿Tal vez debería haberlo tratado con más dureza cuando mató a su hermanastro Amnón? En cualquier caso, del odio que Absalón manifiesta contra su padre, no encontramos ni la más mínima porción en el corazón de David. Son conmovedoras las palabras del rey después de que su hijo hubiera muerto en la batalla:

(2 S 18:33) *“Entonces el rey se turbó, y subió a la sala de la puerta, y lloró; y yendo, decía así: ¡Hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!”*

Es evidente que David estaba siendo tratado de una forma completamente injusta por su hijo y por muchos de sus hombres. Y esto era especialmente grave porque él era el ungido de Dios, aquel que había sido designado por él para ocupar el trono de Israel. En ese contexto podemos decir que luchar contra él era enfrentarse contra el Dios que lo había colocado allí.

Ahora bien, como en muchas otras ocasiones en la Biblia, el hecho de que los hombres actúen de manera deshonesto y mala, puede ser usado por Dios para que sus planes se cumplan. Por supuesto, los hombres son responsables de sus propias decisiones, pero Dios en su soberanía puede usarlas para sus propósitos. En el caso de David, debemos recordar que cuando él cometió adulterio con Betsabé y posteriormente ordenó la muerte

de su marido Urías heteo, el profeta Natán le amonestó duramente de parte de Dios y le dijo:

(2 S 12:11) *“Así ha dicho Jehová: He aquí yo haré levantar el mal sobre ti de tu misma casa, y tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu prójimo, el cual yacerá con tus mujeres a la vista del sol.”*

Y todo esto se cumplió exactamente cuando Absalón organizó el golpe de estado contra su padre. Recordemos que Absalón se llegó a las concubinas de su padre ante los ojos de todo Israel tal como el profeta había dicho **(2 S 16:22)**.

Por lo tanto, en respuesta a la pregunta que antes nos hacíamos, debemos añadir que Dios no habría permitido esta rebelión contra el reino de David si él no hubiera pecado con Betsabé.

Estamos seguros de que David contemplaba lo que estaba ocurriendo desde estos dos puntos de vista. Por un lado sabía que lo que su hijo le estaba haciendo era completamente injusto, pero por otra parte, el recuerdo de la Palabra de Dios dada por el profeta Natán contra él, seguro que le hacía pensar que de alguna manera esta rebelión podía ser parte del juicio divino contra él por causa de su pecado.

Veamos algunos ejemplos que confirmarían esto. Cuando David abandonó Jerusalén, el sacerdote Sadoc y todos los levitas le siguieron llevando el arca, pero el rey les mandó regresar de nuevo a la ciudad y les dijo:

(2 S 15:25) *“Vuelve el arca de Dios a la ciudad. Si yo hallare gracia ante los ojos de Jehová, él hará que vuelva, y me dejará verla y a su tabernáculo.”*

Parece que David expresa algún tipo de duda acerca de si Dios se agradaba de él. Y lo mismo ocurre un poco más adelante cuando Simei le maldice en el camino y los hijos de Sarvia quieren matarlo. Veamos lo que les dijo:

(2 S 16:10-11) *“Y el rey respondió: ¿Qué tengo yo con vosotros, hijos de Sarvia? Si él así maldice, es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David. ¿Quién, pues, le dirá: ¿Por qué lo haces así? Y dijo David a Abisai y a todos sus siervos: He aquí, mi hijo que ha salido de mis entrañas, acecha mi vida; ¿cuánto más ahora un hijo de Benjamín? Dejadle que maldiga, pues Jehová se lo ha dicho.”*

Seguro que en esos momentos David reflexionó mucho sobre su vida pasada. Esto nos ocurre también a todos nosotros. Cuando atravesamos por dificultades somos llevados a pensar sobre nuestra vida y comportamiento en busca de cuestiones pendientes.

Y por supuesto, todas estas cosas son usadas por los adversarios para añadir mayor dolor a nuestras pruebas. Veamos cómo lo expresa David en este Salmo.

2. “Muchos son los que dicen de mí: No hay para él salvación en Dios”

David estaba siendo atacado desde todos los ángulos posibles. Poco a poco iba sintiendo cómo le oprimían y le llegaba a faltar el espacio y el aire. Notemos que ahora cuestionan lo más importante en su vida, aquello en lo que podría encontrar consuelo y esperanza: Dios ya no está contigo, le dicen, Dios no te quiere, Dios te ha abandonado. Esto es seguramente lo que quieren expresar cuando le dicen: *“no hay para él salvación en Dios”*.

Tal vez estaban dando a entender que debido a su pecado con Betsabé, el Señor le había quitado del trono y ya no le iba a ayudar. Y si Dios ya no estaba con David, entonces había quedado enteramente a merced de sus adversarios. No había pues para él salvación ni esperanza.

Todos los creyentes sabemos por experiencia que cuando atravesamos por tiempos de sufrimiento o de disciplina divina, parte de la estrategia de Satanás es hacernos sentir que Dios ya no se interesa por nosotros. Pero debemos aprender a ignorar este tipo de pensamientos.

David había perdido el apoyo de su pueblo y ahora le querían hacer dudar del apoyo de Dios. Ante unas circunstancias similares la mayoría de las personas se desanimarían definitivamente, pero ¿qué hizo David? ¿Cómo respondió al desafío que estaba viviendo?

La confianza de David en su Dios

(Sal 3:3-4) “Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí; mi gloria, y el que levanta mi cabeza. Con mi voz clamé a Jehová, y él me respondió desde su monte santo. Selah.”

Es verdad que David había pecado gravemente con Betsabé, pero también era cierto que él se había arrepentido genuinamente y su relación con Dios ya era correcta, y aunque algunas de las consecuencias de sus pecados todavía le perseguían, eso no le iba a impedir acercarse con confianza a Dios en medio de esa crisis.

Consideremos qué es lo que hizo.

I. Miró a Dios

El Salmo había comenzado con la consideración de la multiplicación de sus adversarios, pero las cosas cambian por completo con estas palabras: “Mas tú Jehová”. Como ya sabemos, Dios hace la diferencia en cualquier circunstancia.

Así pues, David miró a Dios. Esto es fundamental. Recordemos la historia del apóstol Pedro cuando bajó de la barca para ir caminando sobre el agua hasta donde estaba Jesús. Todo iba bien hasta el momento en que dejó de mirar al Señor; fue entonces cuando comenzó a hundirse (**Mt 14:29-30**). En el ámbito espiritual siempre es así. Por eso es importante escuchar la exhortación del autor de Hebreos: “puestos los ojos en Jesús” (**He 12:2**).

Y al poner su mirada en Dios, David recordó varias cosas muy importantes acerca de él:

“Jehová, eres escudo alrededor de mí”

En la antigüedad el escudo era una pieza muy importante en la defensa de un soldado. Solía ser grande y brindaba protección total para el cuerpo del soldado. Por el hecho de ser tan grande, a veces era llevado por un portador de armas que era conocido como el “escudero” (**1 S 17:7**).

En el Antiguo Testamento se habla con frecuencia de Dios como el escudo de su pueblo. “Yo soy tu escudo” le dijo Dios a Abram (**Gn 15:1**). Moisés, al final de los cuarenta años en el desierto describe a Jehová como “escudo de tu socorro” (**Dt 33:29**), y en los Salmos la misma idea aparece una y otra vez (**Sal 7:10**) (**Sal 18:2,30**).

David regresa a esa misma idea, pero añade un matiz interesante: “eres escudo alrededor de mí”. Es decir, no sólo le protegía uno de sus flancos, sino que le rodeaba por todos los lados, impidiendo que las flechas enemigas pudieran alcanzarle.

Por lo tanto, si Dios era su escudo, y además era tan grande, entonces la protección que le brindaba era total. Una experiencia similar a la que tuvo Israel cuando después de haber salido de Egipto y huían de Faraón, Dios los protegió por todos los lados por medio de su ángel y de la columna de nube (**Ex 14:19-20**).

“Mi gloria y el que levanta mi cabeza”

Desde una perspectiva humana David se encontraba en una situación tremendamente vergonzosa; había perdido toda la gloria de ser rey. Era perseguido por su propio hijo y había sido rechazado por muchos en Israel. Pero en medio de esa situación de deshonra humana, él recordó cuál era realmente su gloria, y esa no era otra que el Señor. Dios es y será por siempre la auténtica gloria de su pueblo.

La gloria que el mundo nos pueda dar carece de brillo y valor frente a la gloria de Dios. Toda estima terrenal está condenada a ser transitoria e inconstante, algo que no ocurre con el Señor, nuestra auténtica gloria. Por eso, no es importante si los hombres nos deshonran, siempre y cuando tengamos puesta nuestra gloria en Dios.

En el caso de David podía decir con confianza que Dios era su gloria. El no se había dejado seducir por los vanos halagos de los hombres. El siempre había considerado un honor servir al Señor.

Por eso, aunque los hombres lo habían avergonzado, Dios era quien *“levantaba su cabeza”* reconociéndole como su ungido. Porque Dios *“honra a los que le honran”*, y por esa razón, puesto que David había buscado la gloria de Dios a lo largo de su vida, Dios le honraría ahora levantando su cabeza delante de sus enemigos.

Al salir huyendo de Jerusalén se nos dice que él iba *“llorando, llevando la cabeza cubierta y los pies descalzos” (2 S 15:30)*. Pero todo eso iba a cambiar muy pronto.

2. “Con mi voz clamé a Jehová”

Una vez que miró al Señor y recordó quién había sido siempre para él, ora a Dios poniendo en él toda su confianza. Y la respuesta no se hace esperar: *“El me respondió desde su monte santo”*.

Notemos la referencia que hace a *“su monte santo”*. Este era el lugar donde Dios había instalado a su rey y donde también se encontraba el arca, símbolo del trono terrenal de Dios y de su pacto con su pueblo. Todo esto es muy significativo en este contexto. Lo que David está diciendo es que Dios le había contestado desde su trono, esto implicaba que ni Absalón, ni ningún otro hombre lo había ocupado, por lo tanto, lo que finalmente ocurriría sería aquello que Dios decidiera y no lo que los hombres tramaran contra él.

El descanso y la seguridad de David en su Dios

(Sal 3:5-6) “Yo me acosté y dormí, y desperté, porque Jehová me sustentaba. No temeré a diez millares de gente, que pusieren sitio contra mí.”

La confianza de la respuesta divina le proporcionó confianza y descanso: *“Yo me acosté y dormí, y desperté, porque Jehová me sustentaba”*.

Está claro que David estaba disfrutando de la presencia de Dios en su vida en medio de todas sus dificultades. Y notemos atentamente que fue su comunión con Dios lo que cambió todas las cosas. Al comenzar el Salmo él veía a todos contra él, pero ahora ve al Señor de su parte y puede decir confiadamente: *“No temeré a diez millares de gente, que pusieren sitio contra mí”*.

Es interesante notar los verbos que usa en estos versículos:

“Me acosté”

Cuando una persona está cansada desea acostarse, sin embargo, no es fácil hacerlo cuando se está rodeado de enemigos. En esa situación lo normal es estar en pie en

previsión de un posible ataque nocturno. Pero en medio de esas circunstancias David pudo acostarse en paz. En su caso, el sueño no era únicamente producido por el cansancio o el agotamiento, sino por la fe que le proporcionaba la calma interior necesaria para poder hacerlo.

“Dormí”

David no sólo se acostó, también logró conciliar el sueño. Y dada su situación, esto también es sorprendente. Porque una cosa es acostarse, pero otra muy diferente es poder dormir. Todos hemos pasado noches de insomnio cuando tenemos problemas. Ahora bien, si él lo pudo hacer es porque la fe en su Dios le proporcionaba la tranquilidad mental necesaria. Como diría el **(Sal 127:2)**: *“a su amado dará Dios el sueño”*. Por supuesto, este es también el resultado de una buena conciencia para con Dios. Veamos cómo lo expresó el profeta Isaías:

(Is 26:3) “Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado.”

“Desperté porque Jehová me sustentaba”

Aquí se señala la protección y el cuidado divinos que David gozó mientras dormía. Como también había dicho el salmista: *“He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel”* **(Sal 121:4)**. Dios había velado toda la noche cuidando a David de sus enemigos.

Y al llegar el nuevo día, el primer pensamiento de David al despertarse fue reconocer que Dios había recompensado la confianza depositada en él. Con esto quiere dar toda la gloria a Dios.

Era Jehová quien le sustentaba o sostenía. La palabra usada aquí es la misma que encontramos en **(Jue 16:29)** en referencia a las columnas sobre las cuales *“descansaba la casa”*. Lo que viene a decir es que Dios era quien sustentaba toda su vida, manteniéndole en alto frente a sus enemigos. Como el mismo David había señalado en otro Salmo:

(Sal 37:17) “Porque los brazos de los impíos serán quebrados; mas el que sostiene a los justos es Jehová.”

“No temeré a diez millares de gente, que pusieren sitio contra mí”

El cuarto verbo apunta hacia la completa seguridad que David tenía en su Dios. Lo cierto es que la situación real no se había resuelto. Sus enemigos seguían siendo muy numerosos (*“diez millares de gente”*), y seguían tramando planes para destruirle. No obstante, David se sentía tremendamente tranquilo, porque él sabía bien que el secreto de la victoria no se encontraba en la multitud de los hombres, sino en Uno que es el Todopoderoso.

La fe le permitía ver las cosas desde una perspectiva diferente, llegando a contemplar, y hasta disfrutar, de todos los recursos espirituales y eternos que Dios ponía a su disposición. Y nosotros también, como hijos de Dios, debemos contemplar cada circunstancia que acontece en nuestras vidas desde esa misma perspectiva, sabiendo que Dios es soberano sobre todo y nos ha prometido su ayuda y protección.

Veamos estos mismos pensamientos en otro salmo de David:

(Sal 27:3) “Aunque un ejército acampe contra mí, no temerá mi corazón; aunque contra mí se levante guerra, yo estaré confiado.”

Finalmente, cuando nos apropiamos de estas promesas de Dios por la fe, es cuando podemos tener paz. No importa el número de los enemigos, su poder, la sutileza de sus tácticas, nada de todo eso tiene valor alguno frente a Dios. Pueden ser “*principados, potestades, gobernadores de las tinieblas, huestes espirituales de maldad en las regiones celestes*” (Ef 6:12), pero nada de todo eso nos podrá vencer si nuestra confianza está puesta en Dios. El apóstol Pablo lo expresó de una manera realmente hermosa y consoladora:

(Ro 8:31-39) “¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.”

Petición de salvación de los enemigos

(Sal 3:7-8) “Levántate, Jehová; sálvame, Dios mío; porque tú heriste a todos mis enemigos en la mejilla; los dientes de los perversos quebrantaste. La salvación es de Jehová; sobre tu pueblo sea tu bendición. Selah”

Después de su declaración de confianza en Dios, ¿qué fue lo que David le pidió? Lo podemos ver en las tres frases principales de estos versículos:

“Levántate, Jehová”

Los enemigos de David se habían levantado contra él (Sal 3:1), y hasta ese momento Dios parecía que no había hecho nada a favor del rey, así que su petición comienza pidiéndole que se “*levante*”. Sin duda es una oración un tanto osada, pero David sabía que había llegado el momento decisivo en el que era imprescindible que Dios interviniera directamente y de forma evidente para defenderle.

“Sálvame, Dios mío, porque tú heriste a todos mis enemigos en la mejilla; los dientes de los perversos quebrantaste”

David era plenamente consciente de los peligros que le rodeaban, por eso pide la salvación de Dios.

Y está claro que se encontraba confiando en que Dios le iba a responder. Lo sabía porque en otras muchas ocasiones Dios había salido en su auxilio y le había socorrido. Podía recordar y apelar a la fidelidad de Dios en tantas y tantas ocasiones. A su memoria vendrían otras muchas ocasiones cuando le había defendido: como cuando derrotó a Goliat el filisteo, o cuando le libró de Saúl, o cuando le dio la victoria en muchas otras batallas sobre otros pueblos.

Finalmente, cuanto más tiempo pasamos en oración en la presencia de Dios, más seguros estamos de su cercanía y de su poder para salvarnos.

“La salvación es de Jehová, sobre tu pueblo sea tu bendición”

Antes de hacer su última petición, David hace una importante declaración: “La salvación es de Jehová”. Es verdad que los hombres pueden amenazar e incluso hacer daño, pero siempre es Dios quien tiene la última palabra y dará la victoria a quienes confían en él. Como dice el proverbio:

(Pr 21:31) “El caballo se alista para el día de la batalla; mas Jehová es el que da la victoria.”

Por otro lado, detrás de esta declaración hay una profunda humildad. David reconoce que sin el Señor no hay solución ni éxito que valga la pena alcanzar. Sin su bendición nada vale la pena.

Pero David no estaba pensando sólo en sí mismo. Él era el rey de Israel, llamado a pastorear a la nación, por eso termina pidiendo la bendición de Dios sobre todo el pueblo de Dios.

Aquí hay implícita una importante lección para todos nosotros. Con frecuencia somos dados a pedir mucho para nosotros mismos, para nuestras necesidades y problemas, pero es importante ampliar nuestros horizontes y preocuparnos por la Obra de Dios en un ámbito más amplio.

Otras notas

El Salmo 3 es el primero que tiene título. En cuanto al origen de los títulos de los salmos está rodeado de incógnitas. En la mayor parte de los casos, el título pertenece al contenido del salmo.

La palabra “*Selah*” también aparece por primera vez en este salmo, donde se repite tres veces. Aunque se han dado muchas sugerencias acerca del significado de esta pequeña palabra, seguimos sin saberlo con certeza. Es probablemente una notación musical que tiene algo que ver con el compás, volumen o acompañamiento del cántico, o con la participación o postura del cantor.